



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

CARAS BONITAS

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

EDUARDO ZAMACOIS
El luchador.

JOAQUIN BELDA
No es para tanto.

ANGEL G. LUGEA
Absolución.

P. IGLESIAS HERMIDA
Juan Vandel and Company.

F. GONZALEZ-RIGABERT
El aniversario.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO
Bailadora.

ANTONIO MARTIN GAMERO
Carmela.

TOVAR, RIDORIN
y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de
Perla de Madrid y Angel G.
Lugea.

PERLA DE MADRID

Una cupletista muy linda,
por quien va á perder la
cabeza un amigo nuestro.



5 céntimos



PERO «qué quedarán?», como dice un autor cómico que va para académico.

Hace poco más de dos semanas, los que se pasan la vida protestando de todo, gritaban indignados contra el Gobierno porque hacía frío, á pesar de hallarnos oficialmente dentro del verano, y esos mismos descontentos alborotan fieramente, porque desde hará ocho ó diez días que Romanones está en Marruecos, nos achicharramos de calor los madrileños.

Yo no sé qué relación pueda tener la ausencia del travieso político con la ausencia del fresco, pero como esas gentes maliciosas de todo sacan punta, en seguida se la han sacado al conde, como podían habérsela sacado al Moro Muza.

Por cierto, y á propósito del viaje á Marruecos, que habrán ustedes observado que se ha hecho moda entre los políticos

aprovechando las vacaciones parlamentarias del verano, emprendan una excursioncita para estudiar, en su propia salsa, eso que hemos dado en llamar nuestra acción en Africa. ¡Vaya un modo de accionar, caballeros!

Cuidado que es oportuno un viajecito á aquellas tierras en pleno estío, que si es tío, pero con toda la barba. Estoy viendo á los ilustres viajeros volver de allá como si saliesen del tiro eléctrico del Retiro, completamente pelados. Ellos por el sol, y los primos del Retiro por la carabina de las tiradoras al blanco eléctrico. ¡Hijas del Sol, y qué bien tiran las pobrecitas de mi corazón! Parece que se han pasado la vida guiñando el ojo para tener desarrollada la puntería.

Volvamos á Marruecos. Indudablemente los políticos quieren palpar de cerca la intensidad agresiva de las mehallas enemigas, que es una cosa muy puesta en razón y digna de ser imitada. no sólo por los hombres públicos, sino por las mujeres más ó menos públicas, las que, además de enterarse de todas las posiciones de nuestras fuerzas, por sí son mucho más interesantes de las que ellas conozcan, tendrán á su disposición, por lo menos, un par de askaris. ¡Que puede que haya algunas que no les hagan askaris!

Además, tienen donde elegir. ¿Que les gustan los mcros? Pues como ellos son muy vehementes y sumamente impulsivos, en seguida tienen un Kaid, con cada «kaid» de ojos que atolondra, y si esto les parece poco, puede que le salgan tres ó cuatro bajás, que en aquel país abundan más que el alcuzcuz.

¿Que es enemiga de los hijos de Maloma y que eso del alcuzcuz no le entra?, pues allí tiene una de judíos que hay para estarse una eternidad eligiendo, sin que tenga cuidado ninguno con sus mujeres legítimas, porque ni en Ceuta, ni en Tetuán hacen daño las judías, sobre todo si no se abusa mucho de ellas.

Yo, sin embargo, no sabría contenerme,

ENTRE AMIGOS



—¿Quién será esa de la sombrilla?

—Por las piernas juraría que es tu mujer.

y aunque me perjudicasen abusaría á placer. ¡Me gustan tanto las israelitas, sobre todo, estofadas! Pero no se trata de que me gusten á mi las hebreas, sino de que á las visitantes de las africanas tierras les entren por el ojo los descendientes de Israel.

Vayan las que quieran, que no perderán el tiempo, según todas las noticias que llegan de las que fueron de exploradoras.

Sé de una que asegura son muy amables, y que por complacer á las mujeres, si no agrada un judío vulgar, ofrecen en el acto hasta un gran rabino.

Y eso no se pesca todos los días.

Un pequeño REPORTER

EL LUCHADOR

Una multitud rústica, alegre y sencilla, discurría embobada ante las casetas de los feriantes, exhibidores vocingleros de vistas panorámicas, de figuras de cera, de monstruos insoñados, de bazares donde se rifaban inútiles y pintorescas baratijas. La noche, como de Mayo, era templada y clara; resplandores policromos de cohetes y ruido de músicas llenaban el espacio.

En pie, sobre el retablo de madera improvisado junto á la puerta de un circo, varios acróbatas, hombres y mujeres, lucían la complexión de sus cuerpos atléticos, acusándose fuertemente bajo sus trajes ceñidos, salpicados de lentejuelas brillantes. Un payaso, con holgachones calzados sujetos á las cervas y el travieso semblante cubierto de harina, arengaba al público levantando cómicamente los brazos sobre su gorro puntiagudo.

—¡Adelante, señores —repetía el jugador—; la representación comienza en seguida! Entren ustedes y verán al Hombre-Serpiente, al chino que se traga un paraguas, al luchador argentino Beni-Asin, quien, luego de realizar varios y prodigiosos ejercicios de fuerza, se compromete á derribar en menos de ocho minutos al hombre más fuerte. Adelante, señores, y ustedes me darán las gracias después. La entrada sólo cuesta veinticinco céntimos.

Aquella invitación reiterada no era inútil, los más curiosos subían lentamente los peldaños que daban acceso al circo, vol-

viendo la cabeza, sonriendo, arrastrando con su ejemplo á los demás. En un ángulo del tablado y separados á sus compañeros, el argelino Beni-Asin y su mujer, Sara,

EN SAN SEBASTIAN



—Bueno; ya estoy aquí dispuesta á hacer todas las locuras que á ustedes se les ofrezcan.

conversaban en voz baja. El africano preguntaba:

—¿Pero tú estás cierta de que aceptará mi desafío?

—Sí.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hace un momento. Está sentado cerca del callejón. ¿Le viste?



—No te arrimes tanto por la noche, Ufrasia, que con la calor pareces un calorifero.

—¡Ladronazo, y anoche decias en sueños que querías echar coke!

—Si.

Y añadió amenazador, juntando sinies-tramente sobre su frente de bronce sus cejas negrísimas:

—Como me engañes, te mato.

Ella hizo un gesto violento y cansado; el ademán hastiado de quien, habiendo dicho lo mismo muchas veces, se cree con absoluto derecho á ser creído, y no hablaban más.

Se trataba de uno de esos abominables dramas íntimos que la ignorancia y las malas pasiones generan en las torpes conciencias del bajo pueblo. Pocos meses antes, Sara había conocido en una feria á un mozo, hijo de ricos labradores, el cual, enamorado de la inglesa, iba siguiéndola de ciudad en ciudad. Al principio, Beni-Asín nada dijo: las dádivas generosas del galán, sellaron sus labios, aquel inesperado haber le permitía fumar de lo caro y emborracharse con mayor frecuencia; Sara, por su parte, vestía mejor y compraba esencias que halagaban la voluptuosidad del acróbata. Esta situación duró

cuatro meses. Luego el amante, á quien su familia no enviaba dinero, se quedó sin recursos. Beni-Asín protestó; las exigencias mal satisfechas de su codicia le inspiraron un rencor que á ratos se levantaba y ennoblecía con la careta de los celos: por primera vez, después de tanto tiempo, tuvo miedo de que pudiesen robarle el amor de su mujer, de su hembra, que, cansada de halagos, parecía llegar á sus brazos y enos ilusionada y cariñosa.

—Es preciso —había dicho Beni— que eso concluya.

En consecuencia á Sara, también deseaba romper unas relaciones que ni satisfacciones de interés ni concupiscencias de apetito la producían; si no lo hizo ya, era porque Ricardo Villas, su amante, había jurado matarla si le abandonaba. Ella cedió medrosa, y su docilidad en valentonó á Ricardo, quien, obligado por el hambre, exigió y obtuvo dinero de su querida. Aque-



—Pues sí me voy de veraneo,

—¿Vas á Costa Azul?

—No, voy á costa de un imbécil que se ha enamorado de mí.

lla situación, empeorándose de día en día, fué intolerable. Entonces Beni-Asin, de acuerdo con su mujer, concibió la idea de matar al amante: mas, ¿cómo realizar su propósito sin exponerse á respensalidades judiciales?...

Junto á la puerta del circo, envuelto y como perdido bajo el nimbo resplandeciente de dos grandes arcos voltáicos, el payaso arengaba al público, levantando en alto los brazos, tirando al alto su gorro puntiagudo de fieltro.

—¡Adelante, señores! Pasen ustedes. A real la entrada.

Siempre en voz baja, Sara y el acróbata continuaron hablando.

—¿Y si no se atreviese á luchar conmigo? —insistió el argelino.

Ella repuso:

—Sí, se atreverá. «Quiero convencerme —le he dicho—, de que eres más hombre que Beni-Asin». Y él contestó: «Pues esta noche vas á verlo». El es muy fuerte; en su pueblo no había quien le ganase á jugar á la pelota ni á tirar á la baria. Además, yo, para animarle, le he convencido de que tú no eres tan vigoroso como dicen y de que las pesas con que trabajas son huecas...

Beni-Asin callaba, examinando sus bíceps hercúleos, tatuados de azul. Sobre su boca afeitada, endurecida por los esfuerzos físicos, pasó una leve sonrisita cruel.

—Como yo le coja por el cuello... —murmuró

Luego dijo, contestando á una última duda:

—¿El no sabe que yo le conozco?

Sara, que ya se iba, volvió la cabeza, respondiendo con un gesto negativo.

La representación tocaba á su fin. Después del Hombre-Serpiente y del chino devorador de paraguas y de puñales, Sara, provista de una sombrilla japonesa, trabajó en el alambre, sentándose, acostándose, recogiendo con los dientes un pañuelo colocado á sus pies y cosechando con estas y otras primorosas habilidades, entusiastas aplausos. Los payasos, *Viena* y *Toni*, también fueron muy aplaudidos. Tras ellos apareció Beni-Asin, quien, luego de ejecutar varios ejercicios de fuerza, como levantar una pesa de cien kilos y recibir sobre la cabeza una bala de cañón lanzada al aire desde una gran altura, declaró que vencería, en menos de

EN EL COBERTIZO DE LA PUERTA DEL SOL



El guardia.—Pero, caballero ¿qué tranvía es el de usted?

El mirón.—¿El mío? El de las Vistillas.

ocho minutos, al espectador que quisiese luchar con él.

Un payaso agregó:

—Al que logre derribar á Beni la empresa le regala cincuenta pesetas.

El guante arrojado por el hércules y la tentadora oferta del clown produjeron en



—¿Pero no se desnuda la señoita?

—Tengo tiempo; esta tarde no espero visita.

el auditorio una expectación inmensa; las bocas sonreían, los ojos brillaban nerviosos, todos los hombres se miraban deseando y temiendo aceptar el reto. Un silencio: «Anda tú, anda tú...» corrió de banco en banco, y una voz, dijo:

—Allá voy yo.

Era un mozalbete, de diez y nueve á veinte años, delgado y alto. Bajó á la pista en mangas de camisa, y cifiéndose cuidadosamente la cintura con una faja. Colocados frente á frente ambos rivales, el atleta, que no quería fatigarse prolongando la lucha, cogió á su enemigo por una pierna y le arrojó al suelo. Otros dos justadores corrieron en pocos minutos la misma suerte.

El payaso *Toni* preguntaba, sentándose en el suelo para reír:

—¿Pero no habrá en este pueblo nadie

capaz de entretener algunos momentos á Beni-Asin?

Automáticamente y á despecho de su voluntad, las miradas de Sara y del argelino convergieron hacia el callejón. Un hombre acababa de levantarse: era Ricardo.

—Ese guante —dijo— es para mí.

Al llegar á la pista se desnudó completamente de medio cuerpo arriba. Era un mocetón de orgullosa estatura, robusto y ágil; el recio cuello se ensanchaba desvaneciéndose en la línea apolínea de los hombros; los brazos ofrecían musculosa y elegante contextura. Beni-Asin se acercó á él:

—¿Nos conocemos, verdad?...

Habló tan bajo, que el interpelado no pudo comprenderle. El acróbata repitió su pregunta, mientras sus dientes, convul-

sivamente apretados, rechinaban. Ricardo palideció.

—Si repuso al cabo—, nos conocemos.

—Quiero matarte.

—Lo veremos.

El joven levantó la cabeza, buscando á Sara, cuyo semblante lívido aparecía entre el público con la lividez exangüe de las cabezas decapitadas. Beni-Asin, que siguió aquel movimiento, balbuceó:

—Está de acuerdo conmigo. Sabe que esta noche vas á morir.

Conversaban en voz tan baja, que nadie podía oírles. El payaso, que dirigía la lucha con gran seriedad y enfáticas contorsiones, exclamó:

—¡Adelante, señores!...

Al principio, Ricardo, que se había puesto á la defensiva, reculó taimadamente, evitando el abrazo formidable del acróbata. Beni-Asin, con el busto inclinado hacia adelante, se le acercaba poco á poco, avizorando la ocasión propicia de la acometida. Luego permanecieron inmóviles y con las frentes juntas.

—¡Canalla!... ¡miserable!... —decía el argelino.

Ricardo callaba, sintiendo divagar por sus miembros el frío de las tragedias supremas. Aún transcurrieron algunos segundos, durante los cuales ambos contendientes se observaron, sujetándose por las muñecas. De repente Beni-Asin se agachó, y abalanzándose sobre su rival, le cogió por debajo de los sobacos; el busto de Ricardo crujó, como en un potro. El hércules apretó más. La víctima quiso lanzar un grito y ya no pudo; sus manos, inertes, se abrieron. El argelino adelantó las rodillas, haciendo un esfuerzo jayanesco.

—¡Ahora! —masculló.

Entre sus brazos de hierro, los huesos de Ricardo Villas se quebraron; desarticulóse la columna vertebral; una de las costillas rotas atravesó el corazón, produciendo la muerte instantánea...

Cuando el cuerpo del infortunado luchador cayó al suelo flácidamente, como

masa gelatinosa, Beni-Asin permaneció inmóvil, mirando con ojos estúpidos, como diciendo: «No sé lo que he hecho.»

Conducido á la delegación, todos los espectadores quisieron acompañarle, ofreciéndose espontáneamente á declarar en su favor. A juicio de la multitud, se ventilaba un accidente casual, del que era responsable, más que el matador, la víctima.

Atendiendo tales declaraciones, Beni-Asin fué puesto en libertad provisional.

Aquella noche Sara, más enamorada que nunca de su macho, le abrazaba, murmurando:

—¡Eres un hombre!...
¡Un verdadero hombre!...

E. ZAMACOIS

LOS NUESTROS



Angel G. Lugea.

No es para tanto.

La noticia cayó en el café como una bomba: Agapito había matado al amante de su mujer.

—¡Por fin! —fué el comentario general que mereció la noticia en la tertulia.

—Y ¿cómo ha sido, cómo ha sido?

Pancho Viñas, que acababa de leer la noticia en el periódico, nos hizo un relato minucioso:

—El parece que andaba con la mosca en la oreja desde este verano. El matrimonio se fué á veranear á Cercedilla este último año, y Agapito, que venía á Madrid dos veces por semana, observó, con extrañeza, que en todos los viajes, y en el cruce de Villalba, se encontraba siempre con el otro, y siempre en el tren de dirección contraria: es decir, que si él venía á Madrid el otro iba á Cercedilla, y viceversa.

—Bueno, pero ¿quién es el muerto? Porque todos sabemos que la mujer de Agapito no es cabal, pero á última hora no sabemos de quién se trataba.

—Pues el muerto es un sér vulgar. Uno... como podía haber sido otro. Un revisor de la línea del Norte, casado y con siete hijos.

—¡Hombre, entonces lo de los encuentros en el cruce de Villalba se explica satisfactoriamente!

—Bueno; el caso es que Agapito entró en sospechas y se dedicó á vigilar á su mujer. Hace un mes, por la noche, salió de su casa diciendo que iba á un estreno de Novedades; escogió este teatro por ser el que le coge más lejos de su casa. Excusado es decir que no hubo tal estreno: Agapito se metió en el tupi de la esquina de su calle, se atizó tres copas de cognac y dos tazas de café, y volvió á su casa á la media hora de haber salido.

—El recurso es viejo. No se calentó mucho la cabeza para encontrarlo.

—Pues, á pesar de ello, dió buen resultado. Llamó á la puerta, notó que la mirilla se abría con cautela, y pudo escuchar unas carreras locas y unos cuchicheos sofocados... Hubo una pausa: volvió á llamar y su propia mujer salió á abrirle toda sonriente, pero más azorada que un mico... Revolvió la casa de arriba abajo, husmeó en sus más recónditos rincones: ¡nada! Cuando ya iba á darse por vencido, un balcón abierto le dió la clave de todo: por allí había huido el canalla. Ya sabéis que Agapito vive en un entresuelo.

—¡Mal hecho! Cuando se tiene una mujer como la suya se debe vivir, por lo menos, en un quinto piso.

—Interior, si puede ser.

—Pero nuestro amigo aprovechó la lección. Sin que se enterase su mujer se hizo construir un llavín de la puerta del piso, y con él, esta tarde, á eso de las cinco, á la hora propicia del amor furtivo, na abierto sigilosamente la entrada de su hogar, y ha llegado, sin ser visto ni oído, á la puerta de la alcoba nupcial. Hay que advertir que al salir de casa después de comer, le ha dejado dicho á su esposa — según ha declarado esta misma — que iba al Senado, donde seguramente pronunciaría un discurso don Faustino Rodríguez San Pedro, discurso que se proponía oír integro; de modo que la mujer no le esperaba hasta las cuatro de la madrugada por lo menos... La puerta de la alcoba estaba cerrada por dentro: la emprendió á patadas con ella, y á la quinta coz la puerta cedía como si fuera un tabique de papel. Se escuchó un grito de espanto: en la cama estaba la mujer de Agapito sola...

—¿Sola?

—¡Completamente sola!.. Buscó él en un armario, en el cubo del lavabo, dentro de los vasos de noche... y ¡por fin!, debaño



La señora gorda.—¡Qué gusto.. Con qué fuerza se le el líquido!
El socio de los tirantes.—Como que si yo tuviese las condiciones

de la cama, agazapado, como se agazapan los cobardes, estaba un hombre. ¡El revisor! Un tiro en la sien, disparado por el revólver de Agapito, le ha abierto el camino del último viaje... Conque, ¿qué os parece?

Y Damián, el más humanitario de la reunión, le contesta:

—A mí me parece una barbaridad. Porque, si lo ha matado por encontrarlo debajo de la cama, ¿qué habría hecho con él si lo hubiera encontrado encima?

Joaquín BELDA



liquidol
condiciones del champagne, me hacía millonario.

La corrida de "Los Chisperos",

Mañana, si Alá no lo remedia, ¡y Alá lo veremos!, habrá en la Plaza de Vista Alegre un despampanante acontecimiento, que va á quitar la cabeza. Desde la rendición de Constantinopla no registra otro más ruidoso la Historia, ¡y ya ven ustedes si la pobre Constantinopla metió ruido al entregarse, contra su voluntad, á los bárbaros invasores! ¡Qué pedazo de bárbaros!

Trátase de un gran festival taurino, organizado por «Los Chisperos», conjunto ó

conjunción, si se quiere, de chicos de buen humor, que tienen una influencia muy grande, y en cuanto á la simpatía, la tienen mucho más grande todavía. No es exageración.

Y, claro, con tales condiciones han logrado que todo el mujerío madrileño se halle interesado en favor de su espectáculo, y este estado interesante del mujerío, dará por resultado una enormidad de frutos de bendición para el resultado del festival. Mañana, pues, estará de lancha en lancha (no siempre ha de ser de bote en bote), la Plaza de Vista Alegre, con lo cual le ha salido á Echevarría un grano.

Y, vamos al grano.

Una corrida de novillos estupenda, con tres matadores ¡que ni todo el protomedicato junto mata tanto, y por añadidura taurino Coso adornado por muchos centenares de señoras requeteguapísimas! ¡Como para echar la «tete» á la rebata, caiga donde cayere!

Item más. En la presidencia seis preciosidades, con faldas del género cupleteril, con unas caras... ¡qué caras todas ellas!, y por si no tienen ustedes bastante (¡pobrecitos, siempre es una desgracia!) la propia *Chelito* saldrá á pedir la llave montada en brioso alazán. ¡Y es fama que á montar no hay quien gane á *Chelo*. Conque si quieren ustedes más, pidan ustedes que bailen un garrotín «las tres gracias» de Rubens.

Que puede que les den las gracias.

ABSOLUCION

No lloréis, linda viuda. Se os acusa de hechicerías y de sortilegios; que vuestra vida es toda sacrilegios y que á un poeta le servis de musa.

Que hacéis mal de ojo: que vendéis la

de los que entierran al anochecido; que sois ramera y que os han sentido hablar con el demonio en vuestra casa.

Aun más dicen. Yo, en nombre de la

Madre Iglesia, os diré si no os asusta, que condenada estáis al fuego eterno.

Pero si sois, al fin, mujer que ama, quiero morir envuelto por la llama de vuestro amor, camino del Inferno.

Argel G. LUGEA

Juan Vandel and Company.

Juan Vandel, Puerta del Sol, 3. Así, Puerta del Sol, 3, buhardilla. He aquí al mejor y más artista de los fotógrafos de Europa. Conste que también tengo un recuerdo de primera categoría para el gran amigo Alfonso.

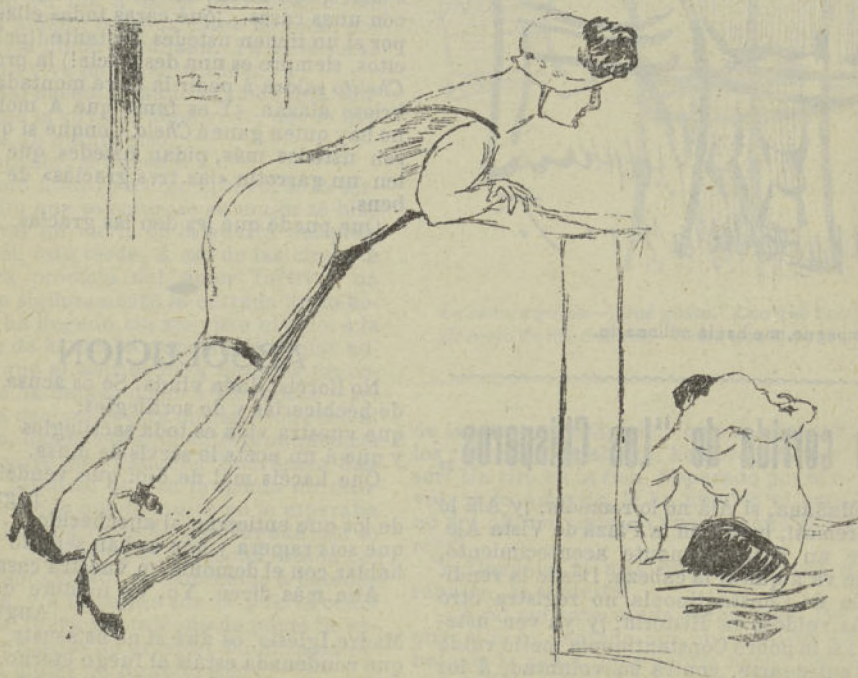
Este hombre, gallardo y rubio, esplendente y lírico, es uno de los seres más extraordinarios de mi generación. Todo lo hace, y lo hace todo bien. Es un escultor de mérito y un caricaturista original. Aquellas magistrales caricaturas escultóricas de personajes célebres, testas coronadas, que dieron la vuelta á Europa, salieron de los dátiles habilísimos de este hombre singular. Anduvo por los cines, un tiempo, haciendo caricaturas rápidas sobre unos lienzos. La gente se derretía, aplaudiendo. Más tarde anduvo por los circos de Europa, asombrando á los pú-

blicos, con su maestría de patinador. Hoy, desde hace un año y pico, es el fundador y director de la mejor; así, de la mejor fotografía de España.

Esa buhardilla, con apariencia seria de la Puerta del Sol, 3, es la primera fotografía española. Habrá en otros sitios más riqueza, más suntuosidad, quizá Vandel no posea alguno de esos inasequibles objetivos de *mile pesette* que existirán en el estudio fotográfico de Vanderbilt, *par exemple*. Pero la maestría fotográfica de Vandel, su arte, su golpe de vista, su magnífica simpatía personal, eso es suyo nada más. Tengo el honor de manifestarles á ustedes que Juan Vandel es un fotógrafo extraordinario, sobre todo de mujeres.

Después de ésto, no queda más recurso, señoras y señores, que retratarse.

☞ Juanito Vandel tiene, á cualquier hora, ideas originales y estupendas, como aque-



—Pues no dicen que el hombre es un Apolo ¡Benavente y gracias!

lla famosa referente á Jurnito Terremoto.

Vandel es el autor de un sistema especial de ampliaciones, que cuando sean profusamente conocidas, causarán la admiración general. Un día, este artista de chipén, hizo una reproducción magistral del simpático trianero, el de las verónicas. Y se fué á Sevilla á venderla.

Creo que consiguió reunir diecisiete reales. Asombrado de tal esplendidez para pagar obras de arte, Juan Vandel, con un gesto de gran señor, regaló la magistral reproducción á una simpática posada de peregrinos, dirigida por un tal Fernando Lenocnio.

P. IGLESIAS HERMIDA



—Chica, ni un amigo. Todo el mundo se ha marchado fuera

—Como que los que lo entienden son esos comerciantes que en esta época anuncian gran rebaja de precios por fin de temporada.



—Aunque Luis me acuse de infiel, estoy decidida á tirarme al mar.

BAILADORA

Destrenzaba tu cuerpo en el tablado
las locuras de un tango de la tierra,
y eran tus ojos un pendón de guerra,
frente á mis ansias de placer izado.

Flameó treinta veces la espesura
de tu cabello de ébano brillante,
y ante mi vida se erigió en constante
señuelo de tormento y amargura.

Mi juventud, perdida y sin consuelo,
encontró en los brillos de tu pelo,
y en tus ojos la guía de su suerte,

y, mariposa de una idea loca,
sin beber en el grana de tu boca,
entre negruras encontró la muerte.

N. HERNANDEZ LUQUERO

EL ANIVERSARIO

I

EDUARDO, marqués de Campohermoso, treinta años.

CLOTILDE, esposa de EDUARDO, veinticinco años.

—Despacho del marqués. Son las diez de la mañana. EDUARDO, sentado ante su

ENTRE DOS AGUAS



La esposa.—¡Mete la cabeza debajo, cobarde, gall'na, sinvergüenzal!
El esposo.—Mujer, ¡que no estamos en casa, no seas insultadora ni exigente!

mesa-escritorio, ojea ligeramente los periódicos del día.

CLOTILDE entra en la habitación, sin ser vista por su esposo, y colocándose detrás de éste, le observa durante breves instantes.

CLOTILDE.—Buenos días, maridito.

EDUARDO (*Sobresaltado*).—Buenos días, marquesa... ¡Qué digo!... Perdona, querida mía... la emoción que me causa tu inesperada visita...

CLOTILDE (*Con risa afectada*).—No me extraña. Desde que nos casamos, hoy hace un año, tengo para ti fama de dormilona, y esto hace que te sorprenda ver que á estas horas vengo á visitarte, por lo cual te debo una explicación que, si no tus pa-

labras, están pidiéndome tus ojos; ¿no es cierto?

EDUARDO (*Fingiendo seguridad en el amor de CLOTILDE*).—Estoy convencido de tu cariño, del que jamás se me ocurrió dudar, pero si así no fuera, si algún instante de mi vida el diablo me hubiera tentado con la duda, que es la enfermedad más cruel que puede padecer un corazón amante, eso que acabas de decirme hubiese bastado á alejar de mí la sospecha. El lenguaje de los ojos dicen que es el lenguaje

de los enamorados, y, puesto que la mirada de los míos te dice tanto como mis palabras, he de creer más, mucho más que nunca, que me amas; ¿no es verdad, marquesa?

CLOTILDE.—¿Otra vez?

EDUARDO.—¡Ah!... Perdona... La emoción no se ha alejado aún de mí, querida mía... (*Transición*). Siento curiosidad de saber el por qué tengo la dicha de verte tan temprano á mi lado. Habla.

CLOTILDE.—Pues bien, no te impacientes, querido marqués. ¡Ah!... ¡Qué digo!... La emoción se contagia, sino, ¿cómo es posible?

EDUARDO (*Cariñoso*).—Si comprendiera que es una burla, la que no pasa de ser una broma hija del cariño que

hacia mí te atrae, preciso sería que me incomodara; pero, ¿cómo hacerlo con la persona á quien sobre todo se ama?

CLOTILDE.—Escucha. Hace tiempo, entendiendo que la caridad somos nosotros los ricos, como nos llama el mundo que padece hambre, tengo pensado dedicar al ejercicio de la más hermosa de las virtudes uno ó dos días en la semana, y hoy, sin dejarme vencer por ese maldito pecado capital, que se llama pereza, quiero poner en práctica mi obra, que ha de hacerme acreedora á la gloria de Dios, puesto que me hará merecer las bendiciones de los necesitados, que serán otros tantos escalones para subir al cielo.

EDUARDO (*Besando la mano de CLOTILDE*).

DE).—¡Qué buena eres! Únicamente eso te faltaba para hacerme creer, que no mujer, sino un ángel, es lo que tengo á mi lado. Sólo tú has conseguido que mi corazón duro, indiferente á las necesidades ajenas, se apiade de tantos infelices que solicitan nuestro auxilio. También yo, desde hoy, desde ahora mismo, he de ser caritativo, y de este modo ya podré acompañarte en ese cielo que más de una vez me has pintado tan hermoso.

II

CLOTILDE.
MARIANO, barón del Rosal, veintisiete años.

La escena en el reservado de un «restorán».

CLOTILDE (*Amorosa*).—Al fin, solos.

MARIANO (*Apasionado*).—Así es como quería verte. La soledad es para los que se aman, lo que la comida para el hambriento. Durante mi ausencia de doce meses, que más fueron siglos para mí, nunca me abandonó la esperanza, que me hacía feliz en medio de toda mi desventura. Nunca he dudado que me amabas. ¡Nunca! Al desconfiar de tu amor, hubiera tenido que desconfiar de mi propia existencia, porque tu amor es mi vida, lo es todo para mí... Hoy hace un año, ¿te acuerdas?, asistí á tu unión con ese hombre que tanto me hace pensar, porque él es, á veces, un obstáculo para nuestro amor.

CLOTILDE.—Nada de eso. Eduardo finge, no ama, no me ama.

MARIANO.—¡Cómo!... ¿Estás convencida?

CLOTILDE.—Convencidísima.

MARIANO.—Luego tú...

CLOTILDE.—¿Qué he de hacer sino pagarle con la misma moneda?

III

EDUARDO.

ENRIQUETA, veintinueve años.

Gabinete de confianza en casa de Enriqueta.

EDUARDO.—...Las mujeres, querida mía, sois como los niños, que se cansan de un juguete al poco tiempo de poseerle. Los hombres somos en todo caso juguetes vuestros; y como los niños, sentis más afición por aquel juguete cuya posesión os

ofrece mayores dificultades... si no estuviera convencido de ello, nunca podría resignarme á pensar que Clotilde no me ama, del mismo modo que dudaría de tu amor.

ENRIQUETA.—¿Qué dices?... ¿Es posible que Clotilde no...?

EDUARDO (*Interrumpiéndola*).—¿Ahora



—Mírala, tanto presumir y va enseñando el tomate.

—¿Qué tomate?

—El de la media derecha.

—¡Ah!!

lo sabes? Clotilde es para mí algo como una hermana mayor, que me aconseja, pero nunca la esposa que con sus caricias y sus besos ahuyenta mis pesares en los momentos de amargura, tan frecuentes en la vida.

ENRIQUETA.—Sin embargo, tú...

EDUARDO.—¿Qué hacer sino corresponder á su indiferencia?

CARMELA

La dichosa cartita termina así:

«Y usted, Antonio, siempre tan amable, nos ayudará con su buen gusto á elegir el vestido de Carmelina.»

Yo quiero mucho á doña Rosa; yo escucho con gusto á doña Obdulia; yo no dejo de comprender que doña Juana es una santa.

Pero, decididamente, doña Rosa, doña Obdulia y doña Juana, acabarán con mi paciencia.

Y es el caso que no puedo excusarme. Hay compromisos que no se pueden eludir... Pero, ¿quieren ustedes decirme qué papel hace un muchacho joven *yendo de compras* con unas señoras, ni qué entiendo de un cadete de estas cosas para que le obliguen á dar su parecer sobre sedas y encajes, sobre adornos y broches?

Yo conocí á Carmela en Illescas, un pueblo de la provincia de Toledo. Yo fui alojado en casa de doña Rosa, cuando en una *tarde florida de Mayo*, llegamos cansados y llenos de polvo, pero siempre animosos y entusiastas los alumnos de «La Valerosa»... Y Carmela y doña Juana, y doña Obdulia y doña Rosa, me dispensaron una acogida cariñosa y alegre. Está usted en su casa, me decía Carmela. Pida lo que guste, exclamaba doña Rosa. ¡Estará usted rendido! admiraba doña Juana.

Carmela es hija de doña Rosa. Carmela es sobrina de doña Obdulia, Carmela es nieta de doña Juana.

Yo no pueo describirlos detalladamente á Carmela. Yo os diré, únicamente, que Carmela es, sencillamente, bonita. Lo que sí quiero que sepáis todos es que Carmela, en Illescas, era una *mujercita de su casa*.

Carmela vive en Toledo hace dos meses. Y ya no es aquella muchacha á quien hablaba sin reservas. Carmela es hoy la señorita de población que sólo encuentra de buen tono la ridícula manía de coleccionar tarjetas postales.

—Antonio: ¿quiere ver las colecciones de Campoamor?

—Carmela: yo veré con sumo placer las colecciones de Campoamor.

—Antonio: ¿le gustan á usted las vistas del Tajo?

—Sí, Carmela; me gustan mucho las vistas del Tajo

EDUARDO y CLOTILDE.

Gabinete de la marquesa de Campohermoso. Las diez de la noche.

EDUARDO.—Doce horas sin vernos.

CLOTILDE.—Doce horas que han sido para mí doce años.

EDUARDO.—¡Si vieras cuántas veces, durante el día, he pensado en ti!... Cada necesidad socorrida traía á mi mente al re-

ILUSIONES SENILES



—¡Se crearán esos desvenganzados que hay en la playa que soy como esas pelindruscas que lo enseñan todo!

—cuerdo de quien inició en mí la idea de la caridad...

CLOTILDE.—¡Qué bueno eres!

EDUARDO.—A nadie sino á ti se debe tanta bondad. (Pausa).

CLOTILDE.—Hoy hace un año, ¿te acuerdas?, fuimos al altar...

EDUARDO.—No lo he olvidado. Hoy hace un año que me uní á un ángel, que no mujer es quien ha conseguido que mi corazón duro, indiferente á las necesidades ajenas, se apiade de tantos infelices que soliciten nuestro auxilio...

F. GONZALEZ-RIGABERT

—Antonio: ¿colecciona tarjetas postales ese *galonista* tan guapo de la cuarta?

—No, Carmela; ese *galonista* tan guapo de la cuarta, no colecciona tarjetas postales.

—Antonio: ¿tiene usted novia?

—No, Carmela; yo no tengo novia, yo no puedo tener novia, yo no debo tener novia; yo no...

—Pues sé de una muchacha á la que no le es usted del todo indiferente...

—No lo dudo, pero...

—¡Si usted supiera quién es!... Tiene una preciosa colección de postales.

—No dudo que será lindísima.

—¿La muchacha?

—No; la colección...; pero... ¡si usted quiere!...

—Antonio: es usted muy burlón.

—Carmela: son las seis menos cinco, y... está el teniente Hurtado *de semana*.

«el vestido de Carmelina»

Esto de Carmelina, no me cabe duda, son cosas de doña Obdulia. Pero... si en Illescas se llamaba Carmela, en Toledo, ¿por qué se ha de llamar Carmelina?... En fin: perdonad conmigo á doña Obdulia. Este defecto lo he observado en todas las tías cuando quieren demasiado á sus sobrinas.

Yo no puedo menos de complacer á estas señoras. Y tengo la seguridad de que el nuevo vestido de Carmela será hilvanado por las de Pérez, cosido por las de Gómez y adornado por las de López. Después será *cortado* por todas ellas.

«el vestido de Carmelina»

¡Nada! Que no puedo encontrar un pretexto. ¡Dícs mío! ¡Y esta tarde que canta Consuelito en el Corazón de María!

Antonio MARTÍN-GAMERO

BUENA GENTE

Eladía Iglesias, Medina del Campo (Valladolid).

Juan Diego Fernández, Peluquería, Campo de Criptana (Ciudad Real).

Matías Sáenz, Nieva de Cameros (Logroño).

Francisco López Alvarez, Mazarrón (Murcia).

Jacinto Lorenzo Calvo, Cabeza de Buey (Badajoz).

ACONTECIMIENTO LIBERARIO

Para que rían los curas

Desfilan por las páginas de este libro, entre otras, las salientes figuras: Castroviado, Pablo Iglesias, Benavente, La Chelito, Loreto Prado, Répide, D'Anuncio, Valle Inclán, Bobadillo, Bonafoux, Angeles Vicente, Tomás Romero, Pinedo, Luis Esteso y otros.

Una peseta en la Librería de Fernando Fe
Puerta del Sol, 15.—MADRID

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. R.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Repartido 547. MADRID Teléfono 1.843

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamh, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. R.)

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. 2,00 ptas. tarro.
Idem blanca. 1,50 »

NOTA. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente. — Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.

Reparte toda clase de periódicos y revistas

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenas, curan los catarros é Irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos bienorrálgicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

OBRAS DE LUIS ESTESO

La novela verde, 0,50 pesetas.

Es una obra festiva llena de refinamientos y gracia fresca.

La reata humana, 2 pesetas.

La mejor producción de Luis Esteso.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

El turbión de la risa, 1 peseta.

Contiene seis tomitos: *La vida de Belmonte, La república del común, Malagueñas y cantares, Josecito y otras.*

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas